

## Recensión

David Le Breton. *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Editado por: Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina, 2007. 367 p.

PÉREZ, ROBINSON M.  
*Escuela de Artes Escénicas*  
Universidad de los Andes, Mérida-Venezuela

Con un reenfoque del célebre aforismo de Descartes, David Le Breton (2007) introduce lo que será el eje de su planteamiento en este texto: “Siento, luego existo” (p.11). Reivindicando la corporalidad como parte de la condición humana, el autor coloca al individuo *dentro* del mundo y no frente a él. Define al accionar de la antropología de los sentidos como un “dejarse sumergir en el mundo [en una] continuidad sensorial siempre presente [con la que] el individuo solo toma conciencia de sí a través del sentir” (p.11). Esto enmarca sus postulados en la corriente del *sensualismo* iniciada en la Canónica epicurea, pero, como se observará a lo largo de su disertación, con una tendencia más cercana a la preconización que de ello hace John Locke (m.1708) que a la de Étienne Bonnot de Condillac (m.1780).

A lo largo del texto hay otra constante que se torna interesante desde las implicaciones educativas que de ella se infieren: la correlación entre percepción, interpretación e historia personal. Para Le Breton no existe una verdad sobre el hecho percibido, sino que hay una *multitud de percepciones* sobre el mismo, cuya interpretación está íntimamente vinculada a la historia personal del sujeto que la percibe. Corresponde al antropólogo escudriñar

en esta especie de *hojaldre de realidades* (palimpsesto, nos atreveríamos a denominar) y en su no desconocimiento de lo *dicho a medias*, intentar desenmarañar la madeja de indicios que disimulan lo real. Encontrar las conexiones, al mejor estilo del *bricoleur* leviestrussiano.

En la conjunción de estos planteamientos, Le Breton concibe el cuerpo a manera de filtro “mediante el cual el hombre se apropia de la sustancia del mundo y la hace suya por intermedio de los sistemas simbólicos que comparte con los miembros de su comunidad” (p.12). Esta noción tiene sus orígenes en un trabajo de su autoría: *Antropología del cuerpo y la modernidad* (1990), que antecede en 15 años al presente texto y ya en él sugiere la importancia de una antropología de los sentidos. Pero retomando la idea, el cuerpo como *interface* constantemente relacionada con el mundo, torna *hospitalaria* para el individuo su recepción, dibujándolo bajo las maneras particulares en las que cada sociedad organiza su sensorialidad propia. Este planteamiento, que hace eco de los antecesores en este terreno reconocidos por el mismo Le Breton, Maurice Merleau-Ponty (m.1961) y Walter Ong (m.2003), establece la concordancia en lo *esencial* y deja un margen considerable a la sensibilidad individual, alejándose así de los cuestionables planteamientos de la globalización. El marco de estudio de la antropología de los sentidos está entonces circunscrito a las “lógicas de humanidad (...) que reúnen a hombres de sociedades diferentes en su sensibilidad frente al mundo” (p.13) evocando las relaciones que estos “mantienen con el hecho de ver, de oler, de tocar, de escuchar o de gustar” (p.13)

No exactamente con este orden señalado, la estructura del texto se desarrolla a lo largo de nueve capítulos, que aun con unos títulos cortos y concisos, no dejan de ser un festín sugerente para una lectura *sentida*. Comienza por desarrollar con mayor profundidad las ideas claves ya referidas, aseverando con contundencia la corporalidad de la condición humana. En este primer capítulo,

como buen marco referencial e introductorio, no excluye las correlaciones que Le Breton considera vitales para todos los sentidos: sus mediaciones a través del lenguaje y la modelación por medio de la educación, con la inferencia directa de ella en lo que él denomina como *penetración significativa*. También se expone en la crítica a la postura hegemónica de la vista en la cultura occidental, lo cual no deja de resonar en el contexto particular cuando se piensa en el uso que de ello hacen los medios comunicativos venezolanos. Particularidades aparte, su crítica resulta importante ante la contradictoria que resulta esta hegemonía, sobre todo por el hecho que en la vida cotidiana, las percepciones que brindan los diferentes sentidos no son sumatorias, sino que son una presencia unísona que cohesiona al mundo. Cierra el capítulo con un breve pero conciso aporte al sostenido debate sobre la fiabilidad de los sentidos para el razonamiento.

Después de esto, dedica los subsiguientes capítulos a los diferentes sentidos: uno por cada uno entre la vista, la audición y el olfato; dos para el tacto y cierra el texto con tres que giran en torno al sentido del gusto y su terreno de desarrollo, *la alimentación*. Esto se justifica en la consideración que el autor tiene sobre el comer como “acto sensorial total” (p.263), además de ser un acto socialmente inclusivo *per se* (como ya lo había adelantado Lévi-Strauss). Culminación cónsona con la noción de integración que orbita en toda la disertación del autor. Queda entonces servido este *plato intelectual* para todo aquel que desee adentrarse en la experiencia sensorial a las que nos invita David Le Breton con *El Sabor del Mundo (una antropología de los sentidos)*.